

HALE: ¡Gloria a Dios! ¡Por fin se ha roto, están libres!

BETTY (*gritando histéricamente y con gran alivio*): ¡Yo vi a Martha Bellows con el Diablo!

ABIGAIL: ¡Yo vi a la señora Sibber con el Diablo!

(*Se va produciendo un gran júbilo.*)

PUTNAM: ¡El alguacil, voy a llamar al alguacil!

(*Parris está gritando una plegaria de gracias.*)

BETTY: ¡Yo vi a Alice Barrow con el Diablo!

(*Comienza a caer el telón.*)

HALE (*mientras sale Putnam*): ¡Que el alguacil traiga gritos!

ABIGAIL: ¡Yo vi a la señora Hawkins con el Diablo!

BETTY: ¡Yo vi a la señora Bibber con el Diablo!

ABIGAIL: ¡Yo vi a la señora Booth con el Diablo!

(*Sobre sus gritos extasiados, cae el*

T E L Ó N

A C T O II

*La habitación principal en casa de Proctor, ocho días después.*

*A la derecha se abre una puerta hacia el campo. A la izquierda hay una chimenea y, detrás, una escalera que conduce al piso superior. Es un típico living-room de la época, bajo, oscuro y más bien largo. Al levantarse el telón, la habitación está vacía. Desde arriba se oye a Elizabeth cantándoles dulcemente a los niños. Ahora se abre la puerta y entra John Proctor trayendo su escopeta. Echa una ojeada a la habitación mientras se encamina hacia la chimenea; se detiene un instante al oír el canto. Continúa hasta la chimenea y, al mismo tiempo que apoya la escopeta contra la pared, retira, sin descolgarla, una olla que está al fuego y la huele. Extrae el cucharón y prueba. No está muy satisfecho. Se acerca a un aparador, toma una pizca de sal y la echa en la olla. Al probar su contenido nuevamente se oyen los pasos de Elizabeth en la escalera. El vuelve la olla a su sitio, sobre el fuego, va hacia una jofaina y se lava las manos y la cara. Entra Elizabeth:*

ELIZABETH: ¿Por qué tan tarde? Ya es casi de noche.

PROCTOR: Estuve plantando mucho... hasta cerca del monte.

ELIZABETH: Ah, terminaste entonces.

PROCTOR: Sí, el campo está sembrado. ¿Duermen los chicos?

ELIZABETH: Se están durmiendo. (*Va hacia la chimenea. Sirve un cucharón del guiso en un plato.*)

PROCTOR: Esperemos ahora que sea un buen verano.

ELIZABETH: Sí.

PROCTOR: ¿Te sientes bien hoy?

ELIZABETH: Me siento bien. (Trae el plato a la mesa indicando la comida.) ¡Es conejo!

PROCTOR (yendo a la mesa): ¡Oh, conejo! ¿En la trampa de Jonathan?

ELIZABETH: No, entró en la casa esta tarde; ¡lo encontré sentado en un rincón como si hubiese venido de visita!

PROCTOR: Ah, que haya entrado es una buena señal.

ELIZABETH: Dios lo quiera. Pobre conejito; me dolió el alma despellejarlo. (Se sienta y lo mira comer.)

PROCTOR: Está bien sazonado.

ELIZABETH (sonrojada de placer): Tuve gran cuidado. ¿Está tierno?

PROCTOR: Sí. (Come. Ella lo observa.) Creo que pronto veremos los campos verdes. Debajo de los terrones está tibio como la sangre.

ELIZABETH: Eso es bueno.

PROCTOR (come; luego levanta la mirada): Si la cosecha es buena compraré la vaquillona de George Jacob. ¿Te gustaría?

ELIZABETH: Sí, me gustaría.

PROCTOR (con una sonrisa forzada): Quiero complacerte, Elizabeth.

ELIZABETH (sin convicción): Lo sé, John.

PROCTOR (se levanta, va hacia ella, la besa. Ella se limita a recibirlo. Con cierta decepción, él vuelve a su sitio. Tan amablemente como puede): ¿Sidra?

ELIZABETH (con un dejo de reproche para sí misma por haberlo olvidado): ¡Claro! (Se levanta y va a servirle un vaso. El se estira arqueando la espalda.)

PROCTOR: Esta granja es todo un continente cuando hay que hacerla paso a paso, dejando caer la semilla.

ELIZABETH (viniendo con la sidra): Sin duda.

PROCTOR (bebe un largo trago; luego, mientras deposita el vaso): ¡Deberías traer algunas flores a la casa!

ELIZABETH: ¡Oh, lo olvidé! Mañana lo haré.

PROCTOR: Aquí adentro todavía es invierno. Ven conmigo el domingo y pasaremos juntos por la granja, jamás he visto tantas flores en el campo. (De buen talante va y contempla el cielo a través de la puerta abierta.) Las lilas huelen a púrpura. Se me ocurre que las lilas son el perfume del crepúsculo. ¡Massachusetts es una hermosura en primavera!

ELIZABETH: Sí, es cierto.

(Hay una pausa. Ella lo observa desde la mesa mientras él está de pie absorbiendo la noche. Es como si ella fuese a hablarle pero no pudiese. En cambio toma el plato, el vaso y el tenedor y va con ellos hacia la jofaina. Está de espaldas a él. Él se vuelve hacia ella y la observa. Se comienza a notar la separación entre ellos.)

PROCTOR: Creo que estás triste otra vez. ¿Es cierto?

ELIZABETH (no quiere un rozamiento, pero no puede evitarlo): Viniste tan tarde que pensé que hoy hubieses ido a Salem.

PROCTOR: ¿Por qué? No tengo nada que hacer en Salem.

ELIZABETH: Habías hablado de ir, al principio de la semana.

PROCTOR (*sabe lo que ella quiere insinuar*): Lo pensé mejor desde entonces.

ELIZABETH: Hoy está allí Mary Warren.

PROCTOR: ¿Por qué la dejaste? Me oíste prohibirle que volviese a ir a Salem.

ELIZABETH: No pude detenerla.

PROCTOR (*conteniendo una reprobación más severa*): Está mal, está mal, Elizabeth... Tú eres aquí la señora, no Mary Warren.

ELIZABETH: Ella espantó toda mi fuerza.

PROCTOR: ¿Cómo puede ese ratón asustarte, Elizabeth? Tú...

ELIZABETH: Ya no es más ratón. Le prohibo que vaya y ella alza el mentón como la hija de un príncipe y me dice: "Tengo que ir a Salem, señora Proctor; soy funcionario del tribunal!"

PROCTOR: ¡Tribunal! ¿Qué tribunal?

ELIZABETH: Sí, ahora tienen todo un tribunal. Han enviado cuatro jueces de Boston, según dice, importantes magistrados de la Corte General encabezados por el comisionado del gobernador de la provincia.

PROCTOR (*atónito*): Vamos, está loca.

ELIZABETH: Dios lo quiera. Ahora hay catorce personas en la cárcel, dice. (*Proctor la mira, simplemente, incapaz de comprenderlo.*) Y serán juzgados y dice que el tribunal también tiene autoridad para colgarlos.

PROCTOR (*moñándose, aunque sin convicción*): Bah, nunca colgarán a...

ELIZABETH: El comisionado del gobernador promete colgarlos si no confiesan, John. Creo que el pueblo se ha vuelto loco. Mary Warren habló de Abigail y escuchándola pensé que hablaba de una santa. Abigail lleva a las otras muchachas al tribunal y por donde ella anda la multitud se aparta como se apartó el mar ante Israel. Y la gente es traída ante ellas y si ellas gritan y chillan y caen al suelo... la gente es encerrada en la cárcel por embrujarlas.

PROCTOR (*con los ojos dilatados*): Oh, pero eso es una maldad espantosa.

ELIZABETH: Creo que deberías ir a Salem, John. (*Él se vuelve hacia ella.*) Creo que sí. Debes decirles que todo es un fraude.

PROCTOR (*pensando más allá*): Sí, lo es, seguramente lo es.

ELIZABETH: Ve a lo de Ezekiel Cheever..., él te conoce bien. Y dile lo que ella te dijo la semana pasada en casa de su tío. Te dijo que este asunto no tenía nada que ver con brujerías, ¿no es así?

PROCTOR (*pensativo*): Sí, lo dijo, lo dijo.

(Pausa.)

ELIZABETH (*suavemente, temiendo irritarle al aguijonearle*): Dios te cuide de ocultarle eso al tribunal, John. Creo que hay que decirles.

PROCTOR (*calmosamente, luchando con su pensamiento*): Sí, hay que decirles, hay que decirles. Es asombroso que le crean...

ELIZABETH: Yo iría a Salem ahora, John... Ve esta misma noche.

PROCTOR: Lo pensaré.

ELIZABETH (*con más valor, ahora*): No puedes ocultarlo, John.

PROCTOR (*enojándose*): Ya sé que no puedo ocultarlo. ¡Digo que voy a pensarlo!

ELIZABETH (*herida; muy fríamente*): Bien entonces, piénsalo. (*Se levanta e inicia la salida.*)

PROCTOR: Sólo me pregunto cómo podré probar lo que ella me dijo, Elizabeth. Si ahora esa muchacha es una santa, creo que no será fácil probar que es un fraude y que el pueblo se ha vuelto tan tonto. Ella me lo dijo en una habitación a solas..., no tengo prueba de ello.

ELIZABETH: ¿Estuviste a solas con ella?

PROCTOR (*obstinadamente*): Por un momento a solas, sí.

ELIZABETH: Vamos, entonces no es como me lo contaste.

PROCTOR (*con enojo creciente*): Por un momento, he dicho. Los demás entraron con guida

ELIZABETH (*suavemente; de pronto ha perdido toda fe en él*): Haz como quieras, entonces. (*Comienza a volverse.*)

PROCTOR: Mujer. (*Ella se vuelve hacia él.*) No toleraré más tus sospechas.

ELIZABETH (*con cierta altanería*): Yo no tengo...

PROCTOR: ¡No las toleraré!

ELIZABETH: ¡No las provoques, entonces!

PROCTOR (*con violento doble sentido*): ¿Aún dudas de mí?

ELIZABETH (*con una sonrisa, para conservar su dignidad*): John, si no fuera Abigail a quien debieras ir a dañar, ¿vacilarías ahora? Creo que no.

PROCTOR: Mira, Elizabeth...

ELIZABETH: Veo lo que veo, John.

PROCTOR (*amonestándola severamente*): No has de juzgarme más, Elizabeth. Tengo buenas razones para pensarlo antes de acusar de fraude a Abigail, y voy a pensarlo. Atiende a tu propio perfeccionamiento antes de seguir juzgando a tu marido. Yo he olvidado a Abigail y...

ELIZABETH: También yo.

PROCTOR: ¡Apiádate de mí! No olvidas nada y no perdonas nada. Aprende a ser generosa, mujer. Ando en punta de pies por esta casa desde que ella se fué, hace siete meses. No me he movido de aquí a allá sin antes pensar si te agradaría, y, sin embargo, un eterno funeral gira alrededor de tu corazón. ¡No puedo hablar sin ser sospechado a cada momento, sin ser juzgado de mentiroso, como si cada vez que entro en esta casa entrase en una corte de justicia!

ELIZABETH: John, no eres franco conmigo. Dijiste que la habías visto entre otra gente. Ahora dices...

PROCTOR: Elizabeth, no haré más protestas de honestidad.

ELIZABETH (*queriendo justificarse, ahora*): John, sólo soy...

PROCTOR: ¡No más! Debí haberte aplastado a gritos, cuando me hablaste de tu sospecha por primera vez. Pero me humillé y como un buen cristiano confesé. ¡Confesé! Aquel día, por culpa de algún sueño, debo haberte confundido con Dios. Pero no lo eres, no lo eres, ¡y tenlo bien presente! Mira alguna vez la bondad en mí y no me juzgues.

ELIZABETH: Yo no te juzgo. El magistrado que te está juzgando reside en tu propio corazón. Nunca he creído sino que eres un buen hombre, John (*con una sonrisa*), sólo que algo desorientado.

PROCTOR (*riendo amargamente*): Oh, Elizabeth, tu justicia podría servir para helar cerveza. (*Se vuelve bruscamente al oír un ruido del exterior. Va hacia la puerta en el momento en que entra Mary Warren. Tan pronto como la ve, va directamente hasta ella y la aferra por la capa, furioso*): ¿Cómo es

que vas a Salem cuando yo te lo prohíbo? ¿Te burlas de mí? (sacudiéndola) ¡Te daré de azotes si te atreves a salir otra vez de esta casa!

(Extrañamente, ella no se resiste sino que cuelga inerte de su férreo puño.)

MARY: Estoy enferma, estoy enferma, señor Proctor. Por favor, por favor no me lastiméis. (Su extraña actitud, así como su debilidad y palidez, lo desarman. La suelta.) Estoy toda temblorosa por dentro; me pasé todo el día en el proceso, señor.

PROCTOR (con desvanecido enojo... su curiosidad desvanecida su ira): ¿Y qué tiene que ver ese proceso, aquí? ¿Cuándo procederás a limpiar esta casa, por lo que se te paga nueve libras por año... y mi mujer que no está nada bien?

(Como si fuera para compensarla, Mary Warren va hacia Elizabeth con una pequeña muñeca de trapo.)

MARY: Señora Proctor, hoy hice este obsequio para vos. Tuve que estar sentada en una silla durante largas horas, y pasé el tiempo cosiendo.

ELIZABETH (perpleja, mirando la muñeca): Oh, gracias, es un lindo muñeco.

MARY (con voz decaída, temblorosa): Señora Proctor, ahora todos debemos amarnos los unos a los otros.

ELIZABETH (aturdida ante su actitud): Sí, ciertamente, debemos amarnos.

MARY (ojeando la habitación): Me levantaré temprano por la mañana y limpiaré la casa. Ahora necesito dormir. (se vuelve para salir.)

PROCTOR: Mary. (Ella se detiene.) ¿Es verdad? ¿Hay catorce mujeres arrestadas?

MARY: No, señor. Ahora hay treinta y nueve... (Repentinamente estalla y llora; exhausta, se sienta.)

ELIZABETH: ¡Mira, está llorando! ¿Qué te duele, criatura?

MARY: ¡La señora Osborn... será ahorcada!

(Hay una pausa de sobrecogimiento, mientras ella llora.)

PROCTOR: ¡Ahorcada! (Gritándole en la cara): ¿Ahorcada, dices?

MARY (llorando): Sí.

PROCTOR: ¿El comisionado del gobernador va a permitir eso?

MARY: El la sentenció. Debe hacerlo. (Para suavizarlo): Pero Sarah Good no. Porque Sarah Good confesó, comprendéis.

PROCTOR: ¡Confesó! ¿Qué confesó?

MARY: Que ella... (horrorizada al recordarlo)... a veces pactó con Lucifer, y también inscribió su nombre en su Libro Negro... con sangre... y se comprometió a torturar cristianos hasta que Dios fuera arrojado... y todos nosotros deberíamos adorar el Infierno para siempre...

(Pausa.)

PROCTOR: Pero... tú sabes lo charlatana que es ella. ¿Les dijiste eso?

MARY: Señor Proctor, en plena corte casi nos sofoca y nos mata a todos.

PROCTOR: Cómo... ¿te sofocó a tí?

MARY: Soltó su espíritu sobre nosotros.

ELIZABETH: Oh, Mary. Mary, no dirás que...

MARY (con un dejo de indignación): ¡Ella trató de matarme muchas veces, señora Proctor!

ELIZABETH: Pero... nunca te lo oí mencionar antes.

MARY: Nunca lo supe antes. Antes nunca supe nada. Cuando ella llega a la corte yo me digo a mí misma: no debo acusar a esta mujer porque duerme en las zanjas y es tan vieja y pobre. Pero entonces... entonces la veo ahí sentada, negando y negando, y siento un frío húmedo que me sube por la espalda, y la piel de la cabeza se me empieza a encoger y siento una tenaza en el cuello y no puedo respirar; y entonces... (en trance) siento una voz, una voz gritando... y es mi voz!.. y de golpe me acordé de todo lo que ella me había hecho!

PROCTOR: ¿Por qué? ¿Qué te hizo?

MARY (como quien despierta a un maravilloso secreto íntimo): Tantas veces, señor Proctor, tantas veces vino a esta misma puerta, limosneando pan y un vaso de sidra... y fijaos: cuando no le daba nada, ella murmuraba.

ELIZABETH: ¡Murmuraba! Puede murmurar si tiene hambre.

MARY: Pero, ¿qué es lo que murmura? Vos debéis recordar, señora Proctor. El mes pasado, un lunes creo..., ella se marchó y yo anduve durante dos días como si me desgarrasen las entrañas. ¿Lo recordáis?

ELIZABETH: Bueno... recuerdo, creo, pero...

MARY: Así que yo se lo dije al juez Hathorne y él le preguntó eso. "Sara Good", le dice, "qué maldición farfullas como para que esta chica se enferme en cuanto te alejas", y entonces ella replica (imitando a una vieja achacosa): "Ninguna maldición, Vuestra Excelencia. Sólo digo mis mandamientos; ¡supongo que puedo decir mis mandamientos", dice.

ELIZABETH: Y ésa es una respuesta correcta.

MARY: Sí, pero entonces el juez Hathorne dice: "¡Recítanos tus mandamientos!" (inclinándose avidamente hacia ellos): y

de los diez no pudo decir ni uno solo. Nunca supo ningún mandamiento y ellos la pescaron en una mentira!

PROCTOR: ¿Y así la condenaron?

MARY (algo tensa al notar su obstinada duda): Claro..., tenían que hacerlo al haberse condenado ella misma.

PROCTOR: ¡Pero la prueba, la prueba!

MARY (más impaciente con él): ¡Ya os dije cuál es la prueba! Prueba sólida, sólida como una roca, dijeron los jueces.

PROCTOR (después de una breve pausa): No volverás a la corte, Mary Warren.

MARY: Debo deciros, señor, que tendré que ir todos los días ahora. Me sorprende que no veáis el importante trabajo que hacemos.

PROCTOR: ¡Qué trabajo hacéis! ¡Extraña tarea para una muchacha cristiana colgar a mujeres ancianas!

MARY: Pero no las van a ahorcar si confiesan, señor Proctor. Sarah Good sólo estará en la cárcel por algún tiempo (recordando): y aquí tenéis un milagro; pensad en esto: ¡la vieja Good está encinta!

ELIZABETH: ¡Encinta! ¿Están locos? ¡Esa mujer anda por los sesenta!

MARY: Trajeron al doctor Griggs para que la examinara y está llena hasta el borde. ¡Y todos estos años fumando con pipa y sin marido siquiera! Pero, gracias a Dios, está a salvo porque no van a tocarle al inocente niño. ¿No es un milagro? Debéis verlo, señor, estamos cumpliendo la obra de Dios. De modo que por algún tiempo iré todos los días. Yo soy... soy un funcionario de la corte, dicen, y yo... (se ha ido acercando a la salida.)

PROCTOR: ¡Yo te voy a dar funcionarios! (A trancos se acerca a la chimenea y toma el látigo que cuelga sobre ella.)

MARY (aterrorizada, pero adelantándose erguida, aferrándose a su pretendida autoridad): ¡No toleraré más azotes!

ELIZABETH (urgiendo, mientras Proctor se aproxima): Mary, promete que te quedarás en casa...

MARY (retrocediendo ante él pero manteniéndose erguida, insistiendo en su actitud): ¡El Diablo anda suelto por Salem, señor Proctor; debemos descubrir dónde se esconde!

PROCTOR: ¡A latigazos voy a sacarte el Diablo del cuerpo! (Con el látigo en alto la alcanza, pero ella se aparta gritando.)

MARY (señalando a Elizabeth): ¡Hoy le salvé la vida!

(Silencio. Él baja el látigo.)

ELIZABETH (quietamente): ¿Estoy acusada?

MARY (temblando): Un tanto mencionada. Pero yo les dije que nunca vi ninguna señal de que vuestro espíritu saliese para lastimar a nadie, y viendo que yo vivo tan cerca de vos, lo rechazaron.

ELIZABETH: ¿Quién me acusó?

MARY: Me debo a la ley, no puedo decirlo. (A Proctor): Solamente espero que no volveréis a ser tan sarcástico. Cuatro jueces y el representante del rey se han sentado a comer con nosotros hace apenas una hora. De ahora en adelante... os dirigiréis a mí con compostura.

PROCTOR (horrorizado, le gruñe enojado): Vete a la cama.

MARY (dando una patadita): ¡Ya no se me mandará más a la cama, señor Proctor! ¡Tengo dieciocho años y soy una mujer, aunque sea soltera!

PROCTOR: ¿Quieres quedarte levantada? ¡Pues quédate levantada!

MARY: ¡Quiero irme a la cama!

PROCTOR (enojado): ¡Pues buenas noches!

MARY: ¡Buenas noches! (Descontenta, insegura de sí misma, sale. Proctor y Elizabeth permanecen con los ojos dilatados, la mirada extraviada, inmóviles.)

ELIZABETH (con calma.) ¡Oh, la trampa, la trampa está abierta!

PROCTOR: No habrá trampa.

ELIZABETH: Ella me quiere muerta. Toda la semana pensé que llegaríamos a esto.

PROCTOR (sin convicción): Lo rechazaron. Se lo oíste decir.

ELIZABETH: Y mañana, ¿qué? Me acusará a gritos hasta que me agarren.

PROCTOR: Siéntate.

ELIZABETH: ¡Ella me quiere muerta, John, tú lo sabes!

PROCTOR: ¡Siéntate, he dicho! (Ella se sienta, temblando. Él habla con calma, tratando de conservar su serenidad): Ahora debemos ser sensatos, Elizabeth.

ELIZABETH (con sarcasmo, sintiéndose perdida): ¡Ah, ciertamente, ciertamente!

PROCTOR: Nada temas. Encontraré a Ezekiel Cheever. Le diré que ella dijo que todo era un juego.

ELIZABETH: John, con tantos en la cárcel, creo que ahora se necesita algo más que la ayuda de Cheever. ¿Quieres hacerme este favor? Ve a lo de Abigail.